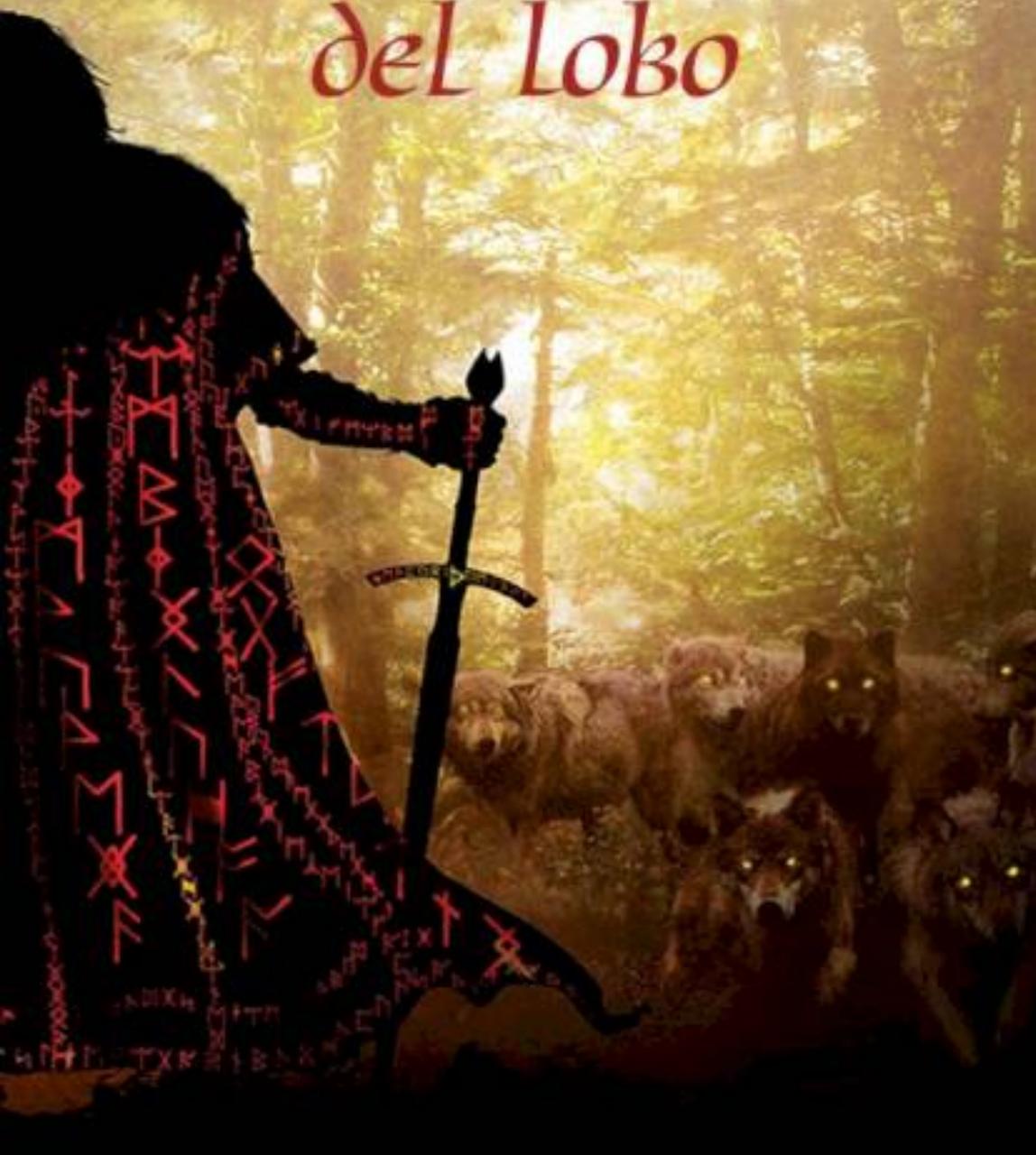


DAVID FARLAND

LOS SEÑORES DE LAS RUNAS  
TOMO II

*La hermandad  
del lobo*

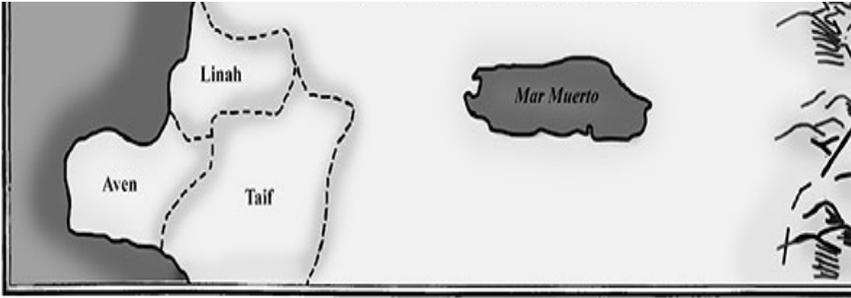


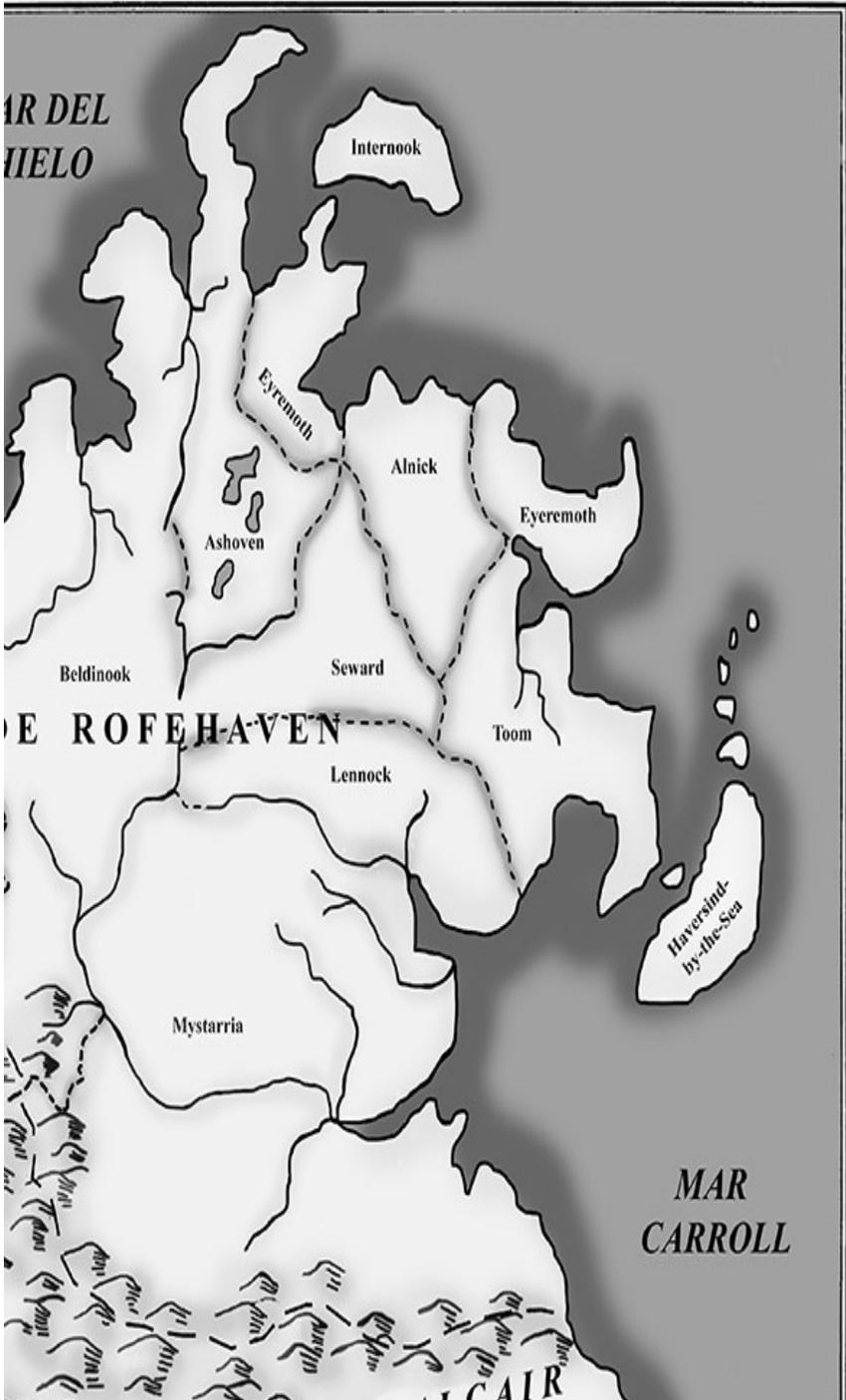
Gaborn ha logrado expulsar a Raj Ahten, pero este no ha sido vencido ni mucho menos. Atacando ciudades y fortalezas apartadas y matando consagrados, Ahten intenta atraer la atención del rey de la Tierra para que deje su trono y así aplastarlo.

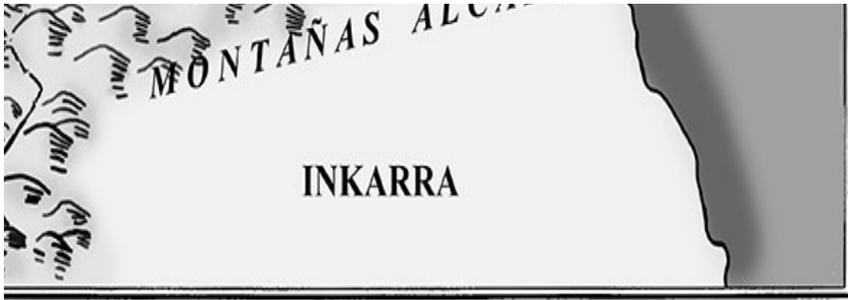
Sin embargo, mientras uno y otro debilitan a sus tropas en combate, los ejércitos de un antiguo e implacable enemigo emergen de las mismísimas entrañas de la tierra.

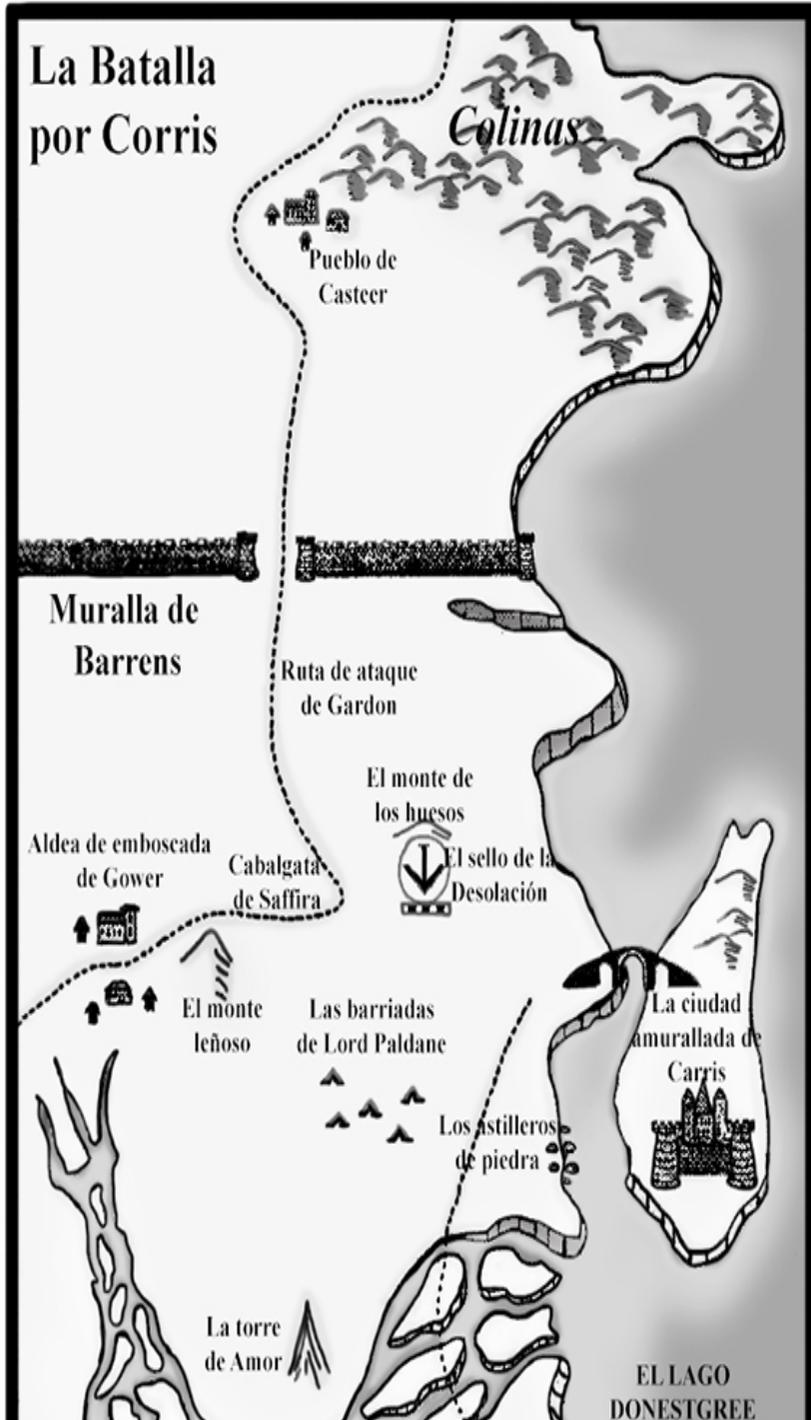
«Algunas sagas de fantasía son reconocidas de inmediato como obras de arte, como las de George R. R. Martin, Robert Jordan y Terry Goodkind. Añadan a David Farland y su serie épica *Los señores de las runas*».

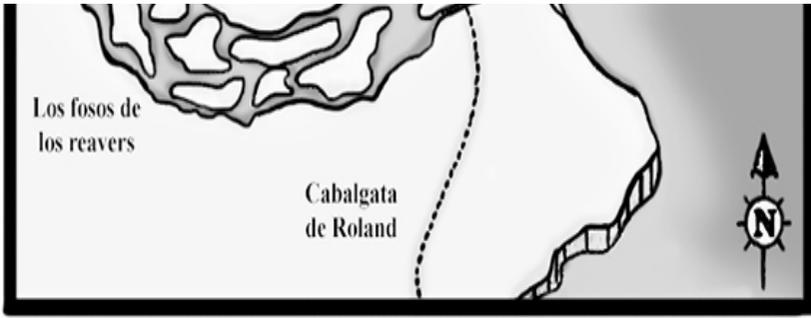












## Prólogo



**L**a semana de Hostenfest comenzaba con el habitual ambiente festivo en el castillo de Tal Rimmon, en el norte de Mysterria.

La primera mañana de Hostenfest, el espíritu del rey de la tierra se presentó como solía. Padres y madres se deleitaban amontonando comida para sus hijos en la mesa de la cocina: chorreantes panales de miel en dulces montones, mandarinas con pintas marrones típicas de Mysterria, almendras asadas en mantequilla, uvas dulces recién arrancadas de las vides y aún húmedas por el rocío de la mañana. Todo esto representaba los generosos obsequios que el rey de la tierra confería a quienes amaban la tierra, «los frutos del bosque y del campo».

Y en ese primer amanecer de Hostenfest, los niños se levantaron y corrieron ansiosos hacia la chimenea, donde las madres habían dejado muñecas tejidas con paja y flores silvestres secas para sus hijas, o quizás una caja con un gatito amarillo dentro; y donde los muchachos igual se encontraban con arcos tallados en madera de fresno, o capas de lana con finos bordados que ayudarían a resguardarlos

del frío durante el invierno que se acercaba. Así los niños rebosaban felicidad y así empezó la semana de Hostenfest en Tal Rimmon, bajo un cielo tan cálido y azul que ocultaba la llegada del otoño.

«El verano es eterno», prometía el cielo. No soplaba viento alguno que agitara las arboladas colinas en torno al castillo.

Aunque durante el segundo día de Hostenfest los padres comentaban en voz baja que una fortaleza había caído, pocos niños hicieron caso. Después de todo, Tal Dur estaba situada muy al oeste y el duque Paldane el Cazador, quien actuaba de regente durante la ausencia del rey, repeleería rápidamente a los ejércitos de Indhopal.

Además, todavía era época de alegres festividades y había recordatorios de ello por doquier. Por el suelo había hierba fresca esparcida: reina de los prados, menta, lavanda o rosa. Las imágenes del rey de la tierra aún estaban colocadas en los umbrales de las puertas y los marcos de ventanas, una invitación al rey de la tierra para que entrara en los hogares de la gente. Ya hacía casi dos mil años desde que el rey de la tierra se había alzado a fin de guiar a la humanidad. Las viejas estatuillas talladas en madera lo mostraban vestido con las ropas de viaje verdes y el báculo en la mano, una corona de hojas de roble enlazadas en el pelo y, a sus pies, conejos y zorrillos que jugaban.

Las imágenes simplemente servían como recordatorio de que el rey de la tierra se hubo presentado una vez. No obstante, en aquel día, algunas de las ancianas se acercaban a sus imágenes y susurraban «que la tierra nos proteja», como si se dirigieran a Ella.

Pocos niños se percataron.

Y más tarde, esa noche, cuando un jinete anunció que realmente un nuevo rey de la tierra se había alzado lejos, en el norte, en Heredon, y que el nombre del ese rey de la tierra era Gaborn Val Orden de Mystarria, la gente de Tal Rimmon irrumpió en una celebración llena de júbilo.

*¿Qué importaba que el mensajero trajera funestas noticias de señores degollados en lugares remotos, de los ataques de las tropas de Raj Ahten, señor de los lobos, en los reinos de Rofehavan? ¿Qué importancia tenía que el viejo rey Mendellas Val Orden, el propio padre de Gaborn, hubiera sucumbido en la batalla? Después de todo, un nuevo rey de la tierra se había alzado y, asombrosamente, se trataba del mismísimo soberano de Mystarria.*

Tal noticia llenó a los jóvenes de orgullo inconmensurable, mientras que los mayores intercambiaban miradas deliberadas y susurraban: «Será un invierno largo».

De inmediato los herreros de Tal Rimmon se pusieron a trabajar en la forja de espadas y martillos de armas, escudos y armaduras para hombres y caballos. El marqués Broonhurst y otros nobles de los alrededores regresaron a la fortaleza antes de que concluyera la temporada de caza otoñal. En el gran salón del marqués, discutieron largo y tendido acerca de lo que presagiaban aquellos partes: nefastas noticias de ataques de brujería, el avance de las tropas enemigas, el llamado del duque Paldane a prepararse para el combate.

Pocos niños se dieron cuenta, puesto que su júbilo seguía inalterado.

Pero aquel día parecía que un cambio de aires había traído consigo una sensación indescriptible de perentoriedad y agitación. A lo largo de la semana, los jóvenes de Tal Rimmon habían estado preparándose para las justas que acompañaban la clausura de Hostenfest. Sin embargo, los muchachos que se disponían a luchar entonces mostraron una repentina expresión salvaje en la mirada. Y, a mitad de semana, cuando comenzaron los primeros torneos, los que participaban en la justa o en los combates de práctica atacaron a sus contrincantes con inusitada brutalidad. En ese momento, su intención no era la de ganarse honores únicamente entre ellos, sino la de ganarse algún día el derecho de poder entrar en combate junto al mismo rey de la tierra.

El marqués observó el cambio y, cuando dijo repetidamente a sus lores: «Es buena cosecha la de este año, la mejor que jamás he visto», no se refería a las manzanas.

A mitad de semana, el cielo se oscureció y hubo en Tal Rimmon una tarde de tormenta y truenos que hizo temblar la ciudad. Muchos de los niños del lugar se acurrucaron en la cama con sus madres y padres, a salvo bajo la colcha. Esa misma noche, quinientos poderosos señores de las runas llegaron del este a caballo, en respuesta al llamamiento del duque Paldane para defender Carris, la fortaleza más grande en Mystarria occidental, ya que los partes más recientes referían que el señor de los lobos, quien se retiraba hacia sus dominios en Indhopal, había lanzado un ataque en dirección sur, hacia el centro de Mystarria.

El marqués Broonhurst no podía alojar a tantos señores con sus tropas, por lo que hizo que muchos se resguardaran de la tormenta en el gran salón o en las posadas fuera del castillo. Allí los lores y los caballeros debatieron larga y enérgicamente cómo repeler la inminente invasión.

Las tropas de Raj Ahten ya habían tomado tres fortalezas fronterizas. Peor aún, aquel le había arrebatado los dones a unas veinte mil personas. Se había apoderado de su fuerza, inteligencia, resistencia y elegancia para sí mismo, convirtiéndose en un guerrero tan fiero que nadie podría superarlo en combate. Intentaba convertirse en «la esencia de todos los hombres», un ser que, según contaban las antiguas leyendas, era inmortal. Algunos ya temían la indestructibilidad de Raj Ahten.

Todavía peor: había usurpado tantas virtudes de encanto que su belleza eclipsaba al sol. Cientos de kilómetros al norte, en Heredon, cuando sus tropas asediaron el castillo de Sylvarresta, los vasallos del rey Sylvarresta miraron a Raj Ahten durante un segundo, arrojaron las armas muralla abajo y le dieron la bienvenida como su nuevo regente. Y se contaba que, en Longmot, Raj Ahten había utilizado la tremenda fuerza de su voz para destrozarse la piedra de los mu-

ros del castillo, al igual que un maestro cantor puede romper un cristal.

Casi había amanecido cuando Raj Ahten atacó Tal Rimmon. Se presentó tirando de una carreta llena de cebollas. Una maltrecha capa le tapaba hasta la frente para protegerlo de la lluvia de la noche. En las puertas de la fortaleza los centinelas le prestaron poca atención, puesto que también se habían acercado otros campesinos con sus carros, quienes se refugiaban de la lluvia bajo los aleros de la tienda de un tejedor.

Raj Ahten comenzó a tararear una canción, emitiendo una especie de gemido gutural de increíble volumen, un sonido que gradualmente hizo retumbar los muros de piedra de Tal Rimmon y vibrar los huesecillos del oído medio de los hombres, como si tuvieran un avispón atrapado dentro del cráneo.

Los centinelas maldijeron y desenfundaron las armas. Unos pocos campesinos que iban junto a Raj Ahten se agarraron la cabeza en señal de dolor, mientras el canto de este les hacía añicos el cráneo. Antes de morir, perdieron el sentido.

En pocos segundos, la piedra de las torres de Tal Rimmon empezó a temblar violentamente. Pedazos de aquella se desconcharon como si la artillería hubiera golpeado los muros.

Pronto las almenas del castillo vibraron, inclinándose para después desplomarse, tal y como si un puño todopoderoso hubiera arremetido contra ellas.

Raj Ahten continuaba de pie con su capa harapienta. Subió el tono de voz hasta que las torres del marqués se derrumbaron hacia adentro y su gran salón cayó con la protesta de las vigas chirriantes.

Los señores de las runas quedaron aplastados bajo la piedra de esos edificios. Las lámparas de aceite, rotas, desparramaron su contenido por los maderos y los tapices, por lo que gran parte del castillo ardió en llamas.

Ningún hombre corriente podía acercarse a Raj Ahten sin ser masacrado. Dos de los señores de las runas poseían suficientes dones de resistencia como para soportar su voz, pero cuando se abalanzaron desde las ruinas de una de las posadas e intentaron darle a probar su acero, Raj Ahten desenvainó su daga tan velozmente que, antes de que se diesen cuenta, les abrió el vientre.

Una vez que la fortaleza y la mayoría de los edificios del mercado hubieron caído, Raj Ahten dio media vuelta y huyó por las oscuras calles de la ciudad, hacia las sombras.

Instantes después llegó hasta donde estaba su corcel imperial, atado detrás del granero de un campesino, a los pies de una pequeña colina. Dos docenas de sus Invencibles se habían agrupado en la oscuridad mientras esperaban su regreso.

Un tejedor de llamas, de nombre Rahjim, se encontraba sentado sobre un caballo negro y, hambriento, contemplaba las ruinas de Tal Rimmon, las llamaradas que se retorcían hacia el firmamento. Era el tercer castillo que su señor había destruido en una sola noche. El tejedor respiraba entrecortadamente debido a la excitación que sentía; la boca despedía vaho; los ojos, una luz antinatural. No tenía cabello alguno, ni siquiera tenía cejas.

—¿Hacia dónde ahora, oh gran luz? —preguntó el tejedor de llamas.

Al acercarse, Raj Ahten notó el calor seco de la piel de la criatura.

—Ahora vamos a Carris —respondió Raj Ahten.

—¿No a las Cortes de Tide? —suplicó el tejedor—. ¡Podríamos destruir su capitolio antes de que los lores puedan advertir el peligro!

—A Carris —dijo Raj Ahten con más firmeza, resuelto a resistirse a los argumentos del tejedor de llamas.

Todavía no deseaba arrasar toda Mystarria.

El rey de Mysteria aún se encontraba apartado, muy al norte, en Heredon, escondido en las profundidades del bosque de Dunn, protegido por los espíritus de sus antepasados.

—Atacar el capitolio en las Cortes de Tide sería un golpe cruel —instó Rahjim.

—No atacaré allí —susurró Raj Ahten en tono amenazador—. El muchacho no vendrá si no le dejas nada que salvar.

Raj Ahten saltó a lomos de su caballo de armas, aunque durante un rato no emprendió la marcha hacia Carris. Tal Rimmmon se distinguía tan claramente como el día bajo las columnas de humo que producía el fuego. En la distancia, la gente gritaba e intentaba arrojar agua a sus hogares, pasto de las llamas, o trataba de sacar a los caídos de debajo de los edificios derrumbados. Raj Ahten podía oír los llantos de los niños. Contempló la ciudad incendiada, mientras las llamas reflejadas en sus oscuros ojos bailaban.